



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

La política exterior británica 1933-1939

El apaciguamiento como doctrina

Autor

NIKOLAOS KRAGIOPOULOS

Director

Dr. ROBERTO CEAMANOS LLORENS

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

2021

Resumen

La política emprendida por el gobierno británico en la década de los años treinta constituye una de las señas de identidad de una coyuntura clave para entender el desarrollo posterior del periodo siguiente, y la conflagración mundial. Examinándola desde una perspectiva crítica uno puede decir que las medidas impulsadas desde Downing Street tuvieron un profundo impacto y moldearon las políticas emprendidas por los distintos gobiernos a nivel mundial en un momento en el que Gran Bretaña seguía intentando ser la que llevase la batuta en el escenario geopolítico global. La perspectiva que tenemos de la política de apaciguamiento se ha visto influenciada por las exclamaciones de victoria, pero en su momento significó la forma más eficiente de enfrentar una realidad que sobrepasaba a unos gabinetes temerosos de probar de nuevo el barro de las trincheras. Sin embargo, como intentaré reflejar a lo largo de este trabajo, las pesadillas se cumplen cuando alientas su recuerdo.

Palabras clave: apaciguamiento, política de entreguerras, gobierno británico, acción exterior.

Abstract

The policy undertaken by the British government in the 1930s constitutes one of the hallmarks of a key juncture for understanding the subsequent development of the following period, and the world conflagration. Examining it from a critical perspective one can say that the measures promoted from Downing Street had a profound impact and shaped the policies undertaken by different governments around the world at a time when Britain was still trying to be the one to rule the scene. global geopolitical. Our perspective on the politics of appeasement has been influenced by the exclamations of victory, but at the time it was the most efficient way to face a reality that surpassed some cabinets fearful of trying the mud of the trenches again. However, as I will try to reflect throughout this work, nightmares are fulfilled when you encourage their memory.

Keywords: appeasement, interwar policy, British government, foreign action.

Índice

Introducción	p. 4
Estado de la cuestión	p.7
Capítulo I. Década de los veinte, época del “Optimismo pacifista”	p.13
Capítulo II. 1933, Comienza la cuenta atrás. El rearme.....	p.17
Capítulo III. Conflictos diplomáticos. Japón y Etiopía.....	p.20
Capítulo IV. La ocupación del Rin.....	p.24
Capítulo V. La Guerra Civil española y la postura del gobierno británico.....	p.29
Capítulo VI. Últimas acciones antes del estallido de la guerra.....	p.34
Conclusiones.....	p.44
Anexos.....	p.47

Introducción

El objetivo de este Trabajo Fin de Grado (TFG) es estudiar y analizar la acción política exterior del gobierno británico durante el periodo conocido como “apaciguamiento”, desde el año 1933, que supone la subida de Hitler al poder hasta la invasión de Polonia en el año 1939, hecho que conllevó a la entrada al conflicto del Imperio con capital en Londres y de Francia.

He elegido esta etapa porque entiendo que es crucial para entender las causas que llevaron al mundo a una segunda conflagración generalizada, que supuso el establecimiento de un nuevo orden en el que el centro de poder y de dirección de la política se trasladó por primera vez en la historia a una potencia extracontinental. La posición que mantuvo Gran Bretaña, bajo los gobiernos de Balfour y Chamberlain ha sido considerada por muchos como derrotista; sin embargo, hay que aclarar que estaba en plena consonancia con la mayoría de la población británica que, marcada por los horrores de una guerra, no estaba dispuesta a repetir. Pese a la visión pésima que tenemos de ambos gobernantes, influenciada por los escritos de Churchill, se ha puesto en relieve en las acciones de Chamberlain un asentamiento de una nueva forma de hacer política. Sin lugar a duda, los viajes y las reuniones bilaterales entre los mandatarios supusieron un impulso a la comunicación y a la toma de decisiones consensuadas entre los estados.

Como he mencionado anteriormente, el apaciguamiento se debe entender como una política resultante de la opinión de la mayoría de la opinión pública británica en consonancia con las experiencias vividas durante la Gran Guerra, la situación interna del país y el deseo de mantener un “statu quo” internacional sobre el que salvaguardar un papel de moderador junto a Francia -a través de las Sociedad de Naciones- de los acontecimientos políticos. Historiadores de la corriente marxista como Chris Bambery que abogan además por otorgarle un papel esencial a los miedos de la clase política burguesa en cuya mentalidad el principal enemigo fue desde un principio la Rusia soviética, y que vio a Alemania y a la Italia fascista como diques de contención de una ola revolucionaria que había sacudido el este.

El apaciguamiento, por lo tanto, se podría definir como una política eco de la realidad del momento y presa de los miedos a volver a algo tan cruel como lo que se había experimentado entre 1914 y 1918. Juzgar la política emprendida por los primeros ministros británicos en la década de los treinta desde una óptica tardía puede llevarnos al error de plantarnos en un enfoque “presentista”, que soslaya del todo la necesidad de la

política de responder a las exigencias de la sociedad en la que se ejerce. Es seguro que dentro del partido *torie* hubo simpatizantes de unas posturas progermanas, pero lo mismo seguro es que también hubo personas que abogaron por una acción de choque frontal frente a las exigencias de una Alemania Nazi, que incrementaba más la presión. Quizá la respuesta de las dos potencias aliadas frente a los países fascistas fuese tardía, pero hay que tener en cuenta también que nos encontramos ante un gobierno que intentó por todos los medios evitar la vuelta a los campos de batalla. Definir la política de apaciguamiento como una “humillación” para el Imperio británico ya fue un hecho desde la misma década de los treinta, algo a lo que se sumará toda la oposición a Chamberlain acusado de doblegarse ante los nazis, hecho que llevará a su dimisión tras el inicio que supuso un desastre militar para el Imperio.

Por lo tanto, el apaciguamiento supone una etapa excitante en la historia del siglo XX porque aún en sí todos los elementos del ejercer la política en época moderna, (luchas de partidos, presión social, miedo al cuarto poder, y una amenaza exterior que utilizaba el juego diplomático para imponer sus postulados).

Elegir una fecha sobre el que comenzar nuestro trabajo de investigación ha sido una cuestión muy complicada ya que durante todo el periodo que sigue el final de la Primera Guerra Mundial hay una especie de surgimiento de los elementos que caracterizarán de manera nítida la coyuntura sobre la que se llevó a cabo la política de apaciguamiento. Algunos echan la culpa exclusivamente al Tratado de Versalles y a las condiciones humillantes para Alemania como el elemento central de la agresividad alemana en la década de los treinta, quizá sea cierto, pero no la única respuesta válida. Desde mi perspectiva no hay que desechar un factor clave como el del estado psicológico de la sociedad de alemana y a la coyuntura propicia para el surgimiento de un estado con las características del Estado Nazi, realidad estudiada muy bien por otro lado, por filósofos como Erich Fromm, en su libro *El miedo a la libertad*, en el que destaca de manera clara el papel jugado por la clase media, en favor del ascenso de Hitler.¹ Así podemos decir, que las expectativas de un pueblo latan de manera silenciosa alejadas del bullicio de la historia oficial y, sin embargo, una vez aunadas bajo una retórica oportunista y una vez envueltas en parámetros de una puesta en escena mistagógica son capaces de llevar a las páginas más negras de la historia de la humanidad.

¹ Erich Fromm, *El miedo a la libertad*, Barcelona, Paidós Iberica, 2009.

Respecto a la metodología de este trabajo, he seleccionado una serie de fuentes primarias de autores enmarcados en un ámbito de tiempo cercano a los acontecimientos con personajes que han protagonizado los hechos como Churchill o Chamberlain y he empleado también fuentes secundarias más cercanas a nuestros años con obras de historiadores como Geoffrey Parker, Richard Overy o Chris Bambery.

En lo referente a los capítulos en los que está organizado el trabajo, puedo decir lo siguiente: encontramos cinco capítulos divididos de la siguiente forma, en primer lugar, en cuanto al primer capítulo, he querido reflejar la situación previa y esbozar el contexto en el que se van a desarrollar las acciones políticas ya que es imprescindible para tener una comprensión profunda de los problemas, y las necesidades que llevaron a cabo la política representada por el Imperio Británico.

En cuanto al segundo capítulo, lo que he querido plasmar es la situación de rearme, y de aumento del gasto militar, así como de la retórica belicista por parte de Alemania con la llegada de Hitler al poder. Una situación de rearme que, como veremos, tendrá también su eco en Gran Bretaña.

En el capítulo tres, voy a estudiar dos hechos que mermaron la posición del Imperio con capital en Londres y que se tradujeron en dos hechos importantes que marcaron los acontecimientos posteriores, me refiero a dos sucesos extra continentales uno en el extremo Oriente, y el otro, la invasión de Etiopía y su ocupación por los fascistas de Mussolini en 1935.

Después, en el capítulo cuarto, me detendré a estudiar la posición del gabinete respecto a la ocupación del valle del Rhin, y la crisis diplomática que eso produjo. En cuanto al siguiente capítulo, reflejaré la posición del gobierno británico respecto al gran suceso de la década de los treinta, la Guerra Civil Española, y las diferentes corrientes de posicionamiento respecto al conflicto, tanto del partido conservador como en el panorama político del país.

Por último, en el sexto y definitivo, dos acontecimientos históricos que constituirían por así decirlo, las señas de identidad, de la política de apaciguamiento, hechos como *Anchluss* y Checoslovaquia y la reunión de Múnich con la posterior ocupación nazi de Praga, algo que encaminará al enfrentamiento bélico de manera irreversible.

Estado de la cuestión

El estudio del periodo objeto de investigación se ha visto enfocado desde diferentes posturas, ya sea ideológicas o con un claro interés político. El devenir de los acontecimientos y sobre todo la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial conllevó a una visión claramente influenciada por los escritos de Churchill, que veía en las acciones emprendidas por los gabinetes británicos una sumisión completa a los vaivenes del dictador alemán.² Conforme fue avanzando el tiempo, empezaron a surgir posturas más cercanas al revisionismo, entre las que se encuentran historiadores como Robert Alexander Parker que han querido ver en la figura de Chamberlain un precursor de la política moderna y que ponen en relieve la realidad de la sociedad británica con unas características como las que he señalado anteriormente.³ No hay que obviar tampoco la postura marxista de los acontecimientos como Chris Bambery, quien con su *Historia Marxista de la II Guerra Mundial* pretende dar un enfoque de intereses de clases en la forma de realizar política.⁴

En cuanto a la evolución del tratamiento por parte de la historiografía del apaciguamiento, podemos decir que este proceso se caracteriza por tener cuatro fases diferenciadas a través de los enfoques desde los que se planteaba el relato y también por quienes fueron los historiadores que los protagonizaron. Así pues, entre los años 1937-1938, nos encontramos ante un relato historiográfico en el que prima un amplio respaldo por parte del pueblo británico hacia las acciones del gobierno con fin de garantizar la paz. Solo hay que recordar que únicamente un ministro dimitió por desavenencias con el rumbo tomado por el gobierno, y aquellos que mantenían una visión conciliadora con respecto a Alemania, como Halifax, apoyaron incluso más que Chamberlain la política de apaciguamiento. Únicamente Churchill y el creador de viñetas cómicas, David Low tomaron una posición claramente contraria a la forma mediante la que Chamberlain ejercía política, años más tarde Churchill dirá de su antecesor que “por claudicar repetidamente a la fuerza, Chamberlain dio alas a la agresión”. Por otro lado, no hay que olvidar el contexto en el que se desarrolla esta primera interpretación de los acontecimientos, una coyuntura de división ante la posible intervención en Checoslovaquia marcada por la negación del pueblo británico a trascurrir de nuevo por la

² Winston Churchill, *La Segunda Guerra Mundial*, Madrid, La Esfera de los libros, 2009.

³ Robert Alexander Parker, *Chamberlain and appeasement*, Londres, Red Globe press, 1993.

⁴ Chris Bambery, *Historia Marxista de la Segunda Guerra Mundial*, España, Pasado y Presente, 2015.

senda de la tragedia de la Primera Guerra Mundial. En una entrevista con el embajador de la Unión Soviética en 1938, Winston Churchill declaró que “en los últimos cinco o seis años, el principal grupo del partido ha venido mostrando de facto una cobardía y una cortedad de vista cuya magnitud cuenta con muy pocos precedentes en la historia, si es que tiene alguno”.⁵

Coincidiendo con el estallido de la guerra y el advenimiento al poder de Churchill, surgió la teoría del “hombre culpable”, teoría que debe su nombre a un librito publicado por un grupo de periodistas bajo el seudónimo de “Cato” en el que se defiende que el apaciguamiento había sido una locura, una política cobarde e inmoral. Se presentó a los gobiernos británicos como colaboradores pasivos de los nazis que mediante la política habían disminuido la posición del Imperio. Esto dio lugar al pensamiento que caracterizó la guerra y la década siguiente. Esta teoría surgió en un momento complicado para Gran Bretaña, tras un inicio desastroso de la guerra en la que se encontró al culpable en la persona de Chamberlain. Una vez apartado del poder, la lucha entre las posiciones de Churchill, partidario de seguir manteniendo el esfuerzo bélico, y Lord Halifax, firme defensor de sellar la paz, llevaron a que esta teoría fuese publicada y difundida ampliamente por los seguidores de Churchill, entre los que se encontraban Lord Beaverbrook quien promovió el libro.

A partir de 1948 y hasta comienzos de los sesenta predominó lo que la historiografía denominó como la “visión ortodoxa”, que no es más que la visión de Churchill del apaciguamiento como un producto de la mala calculación e interpretación de los hechos a pesar de haber sido basado en motivos buenos. Visión que se plasmó con la publicación del libro del premier británico titulado *The Gathering Storm* en el que es crítico con la política de apaciguamiento, aunque reconoce las buenas intenciones de Chamberlain basadas en una percepción imprecisa de los acontecimientos.⁶ Además, expone que Chamberlain tendría que haber llegado a un acuerdo con las potencias que combatieron posteriormente juntas a la Alemania Nazi para hacer un frente común antes de que estallase el conflicto. Esta visión hay que enmarcarla dentro del intento de Hitler por dejar un buen legado para la posteridad y promoverse personalmente. El prestigio que tenía entre la sociedad hizo que no se empezasen a discutir sus posturas dentro del ámbito académico hasta 1960.

⁵ Andrew Roberts, *Churchill: la biografía*, Barcelona, Crítica, 2019, p.582.

⁶ Winston Churchill, *The Gathering Storm*, Londres, RosettaBooks, 2010.

A partir de 1961 y hasta principio de los noventa tenemos lo que la historiografía denomina postura “académica revisionista”, que defiende la tesis de que Neville Chamberlain actuó de la mejor manera que pudo ante unas circunstancias imposibles. Como primer exponente de esta teoría encontramos a historiadores como Alan John Percivale Taylor quien defiende que Hitler no tenía una estrategia clara y que se aprovechó de las oportunidades cuando estas se presentaron.⁷ Además, este historiador defiende que no podemos culpar a Chamberlain porque no tenía un conocimiento de Hitler, algo que ni le propio dictador alemán tenía de sí mismo. Otro historiador importante, Donald Cameron Watt, quien en su obra *How War Came: The Immediate Origins of the Second World War*, es partidario de la opinión de que Chamberlain se enfrentó a diversos problemas entre los que Hitler constituía una parte.⁸ Además, el primer ministro británico tenía recursos limitados.

Conforme fue avanzando el tiempo y traspasamos los años sesenta, nos encontramos con el estudio más general del Imperio, momento en el que se da importancia al elemento militar, económico y las relaciones con los demás países y se concluye que Chamberlain poco podía hacer ante la situación existente. Algunos historiadores defienden que el apaciguamiento fue una política correcta, que permitió a Gran Bretaña ordenar sus fuerzas armadas. Cabe decir que fue una postura ignorada por la mayoría de la sociedad y que se barajó simplemente entre los ámbitos universitarios. Es más, los partidarios de Chamberlain vieron en el acuerdo de Munich una maniobra perfecta por parte del primer ministro británico para ganar tiempo y permitir a Gran Bretaña llevar a cabo el fortalecimiento de sus fuerzas armadas. Asimismo, criticaron que Churchill defendiera esta postura “irresponsable” de condenar el acuerdo en un momento de gran dificultad para el Imperio.

Sin embargo, historiadores como Roberts dan tres motivos para refutar la anterior teoría y es que:

en primer lugar, el de que Chamberlain creyera realmente haber propiciado la paz; en segundo lugar, el de que estuviera convencido de que no se estaba limitando a ganar tiempo; y, en tercer lugar, el de que, siendo cierto que Rusia y Checoslovaquia...se hallaban enfrentadas a Alemania en 1938, ninguna de ellas se le oponía ya en 1939.⁹

⁷ A.J.P Taylor, *The Origins of the Second World War*, Londres, Simon & Schuster, 1996.

⁸ Donald Cameron Watt, *How the War Came: The Immediate Origins of the Second World War*, Londres, Pantheon, 1989.

⁹ Andrew Roberts, *Churchill: la biografía*, Barcelona, Crítica, 2019, p.589.

Por último, encontramos la visión contra revisionista, entre los años mil novecientos noventa y dos mil. Este corriente defiende que Chamberlain, en sí mismo, era parte del problema. Su propia personalidad y la coyuntura que le rodeó supusieron que no pudiese responder de manera eficiente a los retos que le rodeaban. Robert Parker en su monografía acerca del Apaciguamiento, fue el primero que abrió esta senda de interpretación y fue seguido por otros historiadores que achacaban a Chamberlain parte de la responsabilidad al sobrevalorar sus capacidades negociando con Hitler, además de no poder entender a Hitler porque no fue capaz de cambiar sus puntos de vista acerca de la realidad política y no escuchar los avisos de sus oficiales y consejeros. Por último, el haber traicionado a Checoslovaquia supuso el elemento que confirmó esta culpa personal del premier británico.

Por otro lado, podemos destacar también la postura de los historiadores especializados en la elaboración de grandes biografías como en el caso de Andrew Roberts y su biografía acerca de Churchill.¹⁰ En ella nos presenta los acontecimientos desde una perspectiva favorable al estadista británico siguiendo la visión que el propio Churchill mantuvo de los acontecimientos y de sus adversarios políticos. Por lo tanto, nos encontramos ante una postura maniquea de lo sucedido. Andrew Roberts, en este trabajo colosal, hace una consulta a fondo de todos los documentos que están a su disposición tanto personales como estatales debido al permiso que obtuvo para acceder a los archivos de la Monarquía y nos da también una postura de los entresijos de la política británica y de los acontecimientos que tuvieron una gran significación para la vida política del personaje principal. Un ejemplo clave de esto, será la utilización de los archivos parlamentarios y los diarios escritos por los distintos personajes de significación para la época en los que encontramos una visión muy personal y subjetiva de los acontecimientos.

En cuanto a la obra de Bomberly *Historia Marxista de la Segunda Guerra Mundial*, cabe destacar que se trata de un trabajo claramente presentado desde una óptica marxista, en el que se tiene en gran valor el factor económico que movió los procesos y en especial hechos como el papel de las clases en el desarrollo de la política de los treinta y su implicación en el conflicto. Por otro lado, cabe destacar también la posición partidaria que sostiene el autor en cuanto a la clase obrera, presentando a la burguesía como colaboradora del auge del fascismo, en el que veía una salvaguarda de sus intereses

¹⁰ Andrew Roberts, *Churchill: la biografía*, Barcelona, Crítica, 2019.

económicos frente al temor de una revolución comunista inminente en sus propios países. Esa colaboración implícita se verá de manera clara con el estallido de la Guerra Civil española y la preferencia por parte de los sectores conservadores británicos y franceses al bando sublevado en el que se veía una opción de orden. En este libro el autor también un llamamiento al cambio de políticas actuales, utilizando los acontecimientos sucedidos en aquel tiempo como ejemplo para plasmar su desagrado hacia las políticas que se están llevando a cabo en el día de hoy.

En cuanto al trabajo del historiador británico Robert Alexander Parker, se realiza un relato que adquiere las características de un diario de los hechos siguiendo las vicisitudes a las que se enfrentó el propio primer ministro y su gabinete en el camino hacia la Segunda Guerra Mundial.¹¹ Por otro lado, es en esta obra en la que podemos ver un retrato psicológico del primer ministro británico Chamberlain a través de la indagación del autor del libro en las misivas personales del primer ministro a personajes de su familia. Este retrato psicológico nos puede ayudar a entender la idiosincrasia del estadista británico y acercarnos de manera nítida a los posibles móviles que le llevaron a tomar una determinada política. Por otro lado, no hay que olvidar, como he mencionado anteriormente, el relato diario de los acontecimientos, que nos lleva a tener una imagen completa del fervor diplomático acaecido a partir del ascenso de Hitler al poder en 1933.

En los capítulos cuatro (“La caída del Liberalismo”) y cinco (“Contra el enemigo común”) de Hobsbawm dentro de su obra *Historia del Siglo XX*, nos encontramos ante un relato en forma de memorias del propio autor quien, hablando en primera persona en muchos casos, traza de manera nítida y con soltura literaria la década de los años treinta.¹² Es Hobsbawm quien presenta esta época como unos años de lucha ideológica entre el antifascismo y el fascismo, corrientes en las que intervinieron todos los espectros políticos en favor de intereses y de convicciones. En esa resistencia e intento de auge por parte de unos y de otros es donde tendrán lugar los diferentes estallidos bélicos que terminarán con la victoria del bando antifascista. Por otro lado, el historiador británico es quien sostiene la posición de que el fascismo en la década de los treinta constituía la opción de futuro para muchos en el esquema de la evolución de los sistemas políticos y que la democracia se veía como un sistema decadente que conducía en última instancia al marasmo del propio Estado y de la sociedad. El impulso democrático y la conversión

¹¹ Robert Alexander Parker, *Chamberlain and appeasement*, Londres, Red Globe press, 1993.

¹² Erich Hobsbawm: “La caída del Liberalismo” y “Contra el enemigo común”, ambos en Michael Joseph Ltd (eds.), *Historia del Siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1994, pp. 116-147 y 148-181.

de este sistema en el modelo idílico y más ansiado del mundo tendría lugar solamente tras la victoria sobre el fascismo, algo que se veía como bastante improbable en esos años de apaciguamiento,

En lo que se refiere a la obra de Overy, *El camino hacia la Guerra* el historiador británico presenta una posición muy crítica con la política llevada a cabo por el gobierno británico en los instantes previos a la Segunda Guerra Mundial.¹³ Sus acciones junto con las del gobierno francés, no solo menoscabaron la posición de la sociedad de naciones, sino que dieron alas a las potencias fascistas para seguir con sus reclamas expansionistas. Para el, las potencias democráticas mantuvieron un papel cómplice ya que no fueron capaces de plantar cara de manera eficiente a las necesidades de la época y a los problemas que se planteaban además de administrar una situación de la que no eran capaces de hacerse cargo debido a la debilidad de su situación interna y a factores como la doctrina aislacionista estadounidense.

Por otro lado, Enrique Moradiellos en su obra *La pérfida Albión*, realiza un retrato de la actitud que mantuvo el gobierno británico en el conflicto que estalló en España en 1936.¹⁴ Para llevar este estudio a cabo, el historiador español, se apoya en una gran fuente archivística y bibliográfica que examinan las causas por las que el gobierno británico no intervino en el conflicto español. Además, encontramos en este libro el comportamiento de los dos bandos en España respecto al gobierno británico, y el intento de moldear la política de Westminster en torno a sus intereses. Para el historiador, la no intervención británica supuso un hecho de vital importancia en el devenir de la Guerra Civil española. También el autor entiende la no intervención británica como una política englobada dentro de la política de apaciguamiento trasladada a nivel periférico.¹⁵

¹³ Richard Overy, *“El camino hacia la guerra: La crisis de 1919-1939 y el inicio de la Segunda Guerra Mundial*, España, Espasa de los Libros, 2009.

¹⁴ Enrique Moradiellos, *La perfidia de Albión: El gobierno británico y la Guerra Civil española*, Madrid, Siglo XX, 1996.

¹⁵ Algunos de los historiadores que más han estudiado el papel de las grandes potencias en la Guerra Civil española son Enrique Moradiellos con su obra *La perfidia de Albión*, Erich Hobsbawm en su capítulo referente a este periodo en su libro *Historia del Siglo XX* o el británico Bumbery quien desde una posición claramente marxista nos presenta el conflicto desde una perspectiva en el que domina la lucha de clases y los intereses propios de los gobiernos a la hora de implicarse o no en el conflicto.

Capítulo I. Década de los veinte, época del “Optimismo pacifista”

La década de los veinte se caracterizó por un intento constante por hacer del mundo un lugar de paz en el que se pudiesen resolver los conflictos a través de las vías diplomáticas. De hecho, este es el periodo que se caracterizó por la creación de un organismo supranacional, la Sociedad de Naciones, inspirado en el programa de catorce puntos del presidente norteamericano Wilson, institución que pretendió abrir las vías a la negociación entre los estados. El peso de sustentar a esta organización cayó sobre las dos potencias vencedoras de la Primera Guerra Mundial en Europa ya que la política aislacionista característica de la acción política estadounidense hasta finales de la Segunda Guerra Mundial no favoreció su implicación, de hecho, no llegó a ser ni siquiera miembro de esta. Por otro lado, las dos potencias decimonónicas, el Imperio Británico y la III República Francesa, vieron en esta convención una oportunidad para perpetuar un poder que el estado de su realidad de debilitamiento les negaba. Intentaron hacerse con el poder político mundial y erigirse en estados árbitros de los conflictos sin tener la capacidad económica ni el nivel militar para hacerlo. Esto tendrá unas consecuencias nefastas a la hora de trazar las acciones exteriores de ambos países en las zonas de conflicto durante los años treinta, tal y como veremos.

Dentro de la historiografía británica han aparecido durante las últimas décadas del siglo XX posturas totalmente tajantes en cuanto al papel desproporcionado de ambas potencias a la hora de manejar los hilos de la política internacional durante las décadas de los veinte y treinta. Entre estos, se encuentra el historiador británico Overy quien reflexiona de una manera absolutamente crítica en cuanto a la desproporcionalidad de las funciones adquiridas y el poder real para sustentar unas respuestas eficientes para enfrentarse a los problemas geopolíticos.¹⁶ Además, el historiador, señala que la influencia de ambas potencias, (Francia y Gran Bretaña) se apoyaba en una base irreal, sustentada en un orden que favorecía a sus propios intereses y que tanto Alemania como la Unión Soviética ponían en entredicho con una clara intención de revertir esta configuración de dominio, con la invalidación de los acuerdos territoriales de posguerra. Por otro lado, la labor que se asumió por parte de ambos países aliados fue mayor del que podían llevar a cabo y más aún si se tiene en cuenta la disminución del gasto militar que

¹⁶ Richard Overy, *“El camino hacia la guerra: La crisis de 1919-1939 y el inicio de la Segunda Guerra Mundial*, España, Espasa de los Libros, 2009.

limitó el poder llevar a cabo la defensa formal de sus intereses en caso de guerra. Un desarme, favorecido por la negativa de la población a pagar a través de sus impuestos un gasto militar que veían innecesario, más aún si cabe la poca actividad del ejército.

El desarme gozaba de predicamento entre la población porque no se veía la necesidad de pagar impuestos extras por fuerzas militares inactivas, pero el resultado era un desequilibrio entre las obligaciones internacionales y la fortaleza militar que dejaba a ambos imperios en una situación más vulnerable de lo que parecía a simple vista.¹⁷

Por otro lado, fruto de ese intento por crear un nuevo modelo de ejercer política basado en la diplomacia y en los acuerdos mutuos fue la firma de diversos tratados supranacionales con el fin de regular asuntos como la potencia armamentística o la flota de cada país o la integridad territorial de las regiones en las que las potencias tenían intereses geoestratégicos. Fue así como se firmó en 1922 un Tratado entre las principales potencias del Pacífico -Gran Bretaña, Japón o Estados Unidos- para asegurar lo mencionado anteriormente. En 1925, se firmaron los Tratados de Locarno, entre Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y Bélgica para garantizar la inviolabilidad de las fronteras en Europa occidental. En 1926, Alemania fue invitada a la Sociedad de Naciones. En 1928, Francia a través de su ministro de asuntos exteriores, Aristide Briand, propuso a Estados Unidos la renuncia a la guerra, acuerdo que los estadounidenses intentaron extender a los demás países, llegando a firmarse como resultado en París en el mismo año, el pacto conocido como Kellog-Briand mediante el que se acordaba conceder a la guerra un valor únicamente defensivo de las fronteras propias, excluyendo su utilización en la política exterior. “En total, sesenta y cinco naciones firmaron la declaración- incluidas Japón, Alemania, Unión Soviética e Italia-, que fue recibida por los ciudadanos como un importante hito en la construcción de un orden mundial pacífico. En palabras de sus patrocinadores estadounidenses, suponía la proscripción de la guerra.

Sin embargo, las potencias coloniales se negaron a extender los principios democráticos a sus colonias e Imperios como Gran Bretaña se reservaron el derecho de utilizar la fuerza como elemento de intervención en sus colonias y a no renunciar al instrumento de los bombardeos para ello. Sucesos como este favorecieron la pérdida de legitimidad de las Naciones Unidas, pues a lo único a lo que favoreció según historiadores

¹⁷ Ibidem..., p. 119.

como Overy fue a desconfianza creciente hacia los métodos diplomáticos y parlamentarios.¹⁸

Con la aparición de los estados totalitarios se sumó en el tablero, el factor ideológico que añadió una perspectiva más amplia a las negociaciones parlamentarias. Historiadores como Hobsbawm señalan que a medida que avanzamos hacia la década de los años treinta los indicadores nos hablan de que empezamos a tratar de una “Guerra civil internacional” ya que se enfrentaban distintas familias ideológicas, por un lado, los herederos de la Ilustración y de las revoluciones que se inspiraron en sus principios y por otro sus oponentes. Por lo tanto, no la podemos entender como una guerra entre capitalismo y comunismo sino entre lo que antaño significaron los términos de progreso y reacción. Además, fue una guerra internacional porque suscitó el mismo tipo de respuestas en la mayor parte de los países occidentales, y fue una guerra civil porque en todas las sociedades se registró el enfrentamiento entre las fuerzas pro y antifascistas”.¹⁹

Dentro de ese tinte ideológico podemos situar y entender mejor determinadas acciones promovidas por los gabinetes británicos que con el paso del tiempo se ven inexcusables, hechos como la política referente a la guerra civil española, la invasión italiana a Etiopía o su indiferencia hacia las acciones expansivas japonesas en los territorios chinos como Manchuria que llegaron a poner en tela de juicio a las propias colonias británicas en el extremo Oriente. Desde luego, la simpatía dentro de los gobiernos burgueses británicos hacia las fuerzas ideológicas que simbolizaban el desorden era nula y la actitud hacia aquellos que podían servir como muro de hormigón para la expansión de ideologías revolucionarias en la propia Gran Bretaña fue un elemento que se vio acrecentado sobre todo gracias al ascenso del partido Laborista y a sus elementos más radicales.

Por último, para entender aún más la situación previa a la política emprendida en la década de los treinta por Downing Street, habría que destacar el factor económico y su papel fundamental en el deseo de expansión territorial por parte de las potencias vencidas tal y como lo señala el historiador marxista Bambery, a partir de otoño de 1932, El Imperio británico y algunas de sus colonias redujeron sus aranceles para todos aquellos

¹⁸Richard Overy, *“El camino hacia la guerra: La crisis de 1919-1939 y el inicio de la Segunda Guerra Mundial*, España, Espasa de los Libros, 2009.

¹⁹ Erich Hobsbawm, “Contra el enemigo común”, en Michael Joseph Ltd (eds.), *Historia del Siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1994, p. 150.

que comerciaran con libras.²⁰ Esta medida tuvo como principal finalidad el impedir la entrada de importaciones extranjeras en el territorio británico, pero a la par supuso también el entendimiento por parte de sus contrincantes de una necesidad real de cambiar la organización del mundo.

Además, muchos países como Estados Unidos y Francia siguieron el ejemplo del Imperio Británico y otros que no poseían territorios de ultramar como Alemania, Japón e Italia optaron por expandirse territorialmente para mantener materias primas. Alemania al no contar con materias primas en su dominio económico y al haber perdido sus colonias se vio en una situación dramática. Su recuperación económica se había basado en las exportaciones, pero ahora, al verse excluida de los principales mercados internacionales tenía que comprar sus materias primas en otra moneda, lo que conllevó a una situación de inflación terrible.

²⁰Chris Bamberry, *Historia Marxista de la Segunda Guerra Mundial*, España, Pasado y Presente, 2015.

Capítulo II. 1933, comienza la cuenta atrás. El rearme

En cuanto a las cláusulas del Tratado de Versalles se refiere, podemos decir que, de hecho, los deseos de Hitler de revertir las imposiciones del Tratado de Versalles le parecieron al gobierno de su majestad “inconvenientes, pero no inaceptables”. Desde luego, si observamos la década de los veinte y principios de los treinta las acciones de la política exterior británica en esta materia fueron las de intentar moldear las cláusulas en favor de obtener una mejor coyuntura para el desarrollo de la recién creada república de Weimar, intentos que sin embargo se vieron frustrados por la obstinación francesa por mantener una línea dura y por el pago de hasta el último franco en reparaciones de guerra.

Desde luego el ascenso de Hitler supuso un cambio en la dinámica de negociación entre la cancillería alemana y los grupos enviados por París y Londres. 1933 llevó consigo un cuestionamiento abierto de todas las condiciones impuestas a Alemania como Imperio vencido de la Gran Guerra a la par que en el otrora máximo rival de los germanos (Gran Bretaña), una progresiva desconfianza hacia lo desconocido que suponía esta nueva cúpula misteriosa del estado alemán. Tal y como señalan historiadores como Parker, el objetivo central del apaciguamiento fue el de mantener el statu quo, preservando al Imperio de cualquier conflicto exterior a través de una serie de concesiones mínimas a la cúpula nazi, concesiones que tal como veremos posteriormente tenían como finalidad la otorgación de territorios coloniales en África, sostenidas por potencias menores, que colmasen los deseos imperialistas del estado alemán frustrados con la derrota en el dieciocho.

Sin embargo, el deseo británico no llegó a concordar en ningún momento con las ansias de Hitler por hacer de Alemania la potencia hegemónica en Europa, hecho que se reflejará claramente en el aumento de las exigencias -interpretadas como inaceptables por parte del gabinete británico y de sus aliados-, exigencias basadas por otro lado en la convicción de que Gran Bretaña en ningún caso estaría interesada en entrar de nuevo en un conflicto bélico y en la creencia de que se podía llegar a un acuerdo mediante el que se asegurase la hegemonía continental en el ámbito terrestre frente a la superioridad británica en el océano, pensamiento mediante el que Hitler creía poder convencer a los británicos y en el que Chamberlain vio una oportunidad como arma negociadora.

El ascenso del dictador alemán al poder propició una serie de preguntas entre la cúpula de la ciudad londinense. Así ante el incipiente rearme alemán, que se notó a través de las proclamas electoralistas de Hitler, entre los dignatarios británicos, surgió la cuestión de cómo ofrecer una respuesta idónea. Entre la multitud de respuestas que se ofrecieron en los debates parlamentarios podemos destacar tres, la de Simon, secretario de exteriores que abogó por enfrentarse a través de un tratado internacional, prohibiendo el bombardeo aéreo, y si se transgrediese la norma, a través del bombardeo de todos los países al país responsable. El Primer ministro Baldwin, defendió desechar la completa aislación, proponiendo -ante la imposibilidad de basar exclusivamente la defensa en la Royal Navy- como principal objetivo la renuncia o la disminución de los bombarderos, principal ventaja de Hitler. Por su lado, Chamberlain, tenía su propio esquema, proponiendo crear una comisión central que disolviese las disputas y negociase las cuestiones entre los diferentes países.

Tal y como he señalado con anterioridad, lo que dio alas a Hitler fue la actitud renuente a un enfrentamiento frontal tal y como se deja entrever en el párrafo anterior, por otro lado, la presión social hacia una política de garantizar la paz, el temor de vuelta a las trincheras y a una guerra peor de la que se había vivido, asunto del que eran conocedores los diplomáticos británicos llevó a esta política de contención, regresiva, que obligó a agotar todas las vías de lo discutible.

Voces como las de Churchill que desde un principio se mostraron a favor de una actitud principalmente ofensiva se quedaron aisladas al no tener base popular ni apoyo entre la Cámara de los Comunes. Lo único indiscutible para una sociedad que había experimentado el infierno en su propia carne en el año catorce fue la paz. Richard Overy no falla al declarar que: “La perspectiva de una guerra nacional hasta la muerte explica por qué había tanta hostilidad popular al rearme cuando se reanudó la tensión internacional en la década de 1930 y el temor evidente incluso entre las poblaciones muy nacionalistas”.²¹

Ya el 7 de febrero de 1934, en un discurso pronunciado en la Cámara de los Comunes, el posterior primer ministro durante la guerra advertía de la necesidad de dotar de mayor presupuesto y empeño a la RAF asegurado de que si estallase de nuevo un

²¹ Richard Overy, *“El camino hacia la guerra: La crisis de 1919-1939 y el inicio de la Segunda Guerra Mundial*, España, Espasa de los Libros, 2009, p.132.

conflicto bélico entre ambos países, este, tendría un gran protagonismo de las fuerzas aéreas. Sin embargo, fueron muy pocos los que se secundaron la opinión del estadista británico. Un hecho que lo demuestra fue que, en una conferencia dada ante la Asociación Conservadora de Oxford, en la que el político Churchill, al destacar que el rearme era necesario “para poder garantizar la seguridad de nuestro hogar insular” se le respondió con un murmullo de risitas burlonas.²²

Es necesario asimismo señalar que Chamberlain en el diseño de su política siempre fue alguien que hizo eco de los deseos de la amplia mayoría de la sociedad indisputada a hacer de nuevo grandes sacrificios sumergida en sus penurias económicas y de sus propios colegas dentro del partido conservador que albergaban un sentimiento de profunda apatía hacia los asuntos de Europa del Este.

“Apaciguamiento” es pues la respuesta diplomática a un órdago irracional basado en los instintos primarios y en los deseos artificiales de un pueblo, comandada por unos políticos en la encrucijada de traicionar a su propio país o de llevarlo de nuevo a los campos de Flandes. El entusiasmo mediante el que Chamberlain respondía los intentos de acercamiento y la predilección hacia el bando defensor a ultranza de la no agresividad y el diálogo encabezada por Halifax son dos hechos en los que han incidido no pocos historiadores. Por otro lado, tal y como señalan historiadores como Richard Overton “El intento de resolver las cuestiones mediante la negociación o acuerdo, de encontrar un modo pacífico de detener las amenazas, política usualmente descrita como “apaciguamiento”, era un reconocimiento de las circunstancias reales”.²³

²² Andrew Roberts, *Churchill: la biografía*, Barcelona, Crítica, 2019, p.589. Anexo ...

²³ Richard Overton, “*El camino hacia la guerra: La crisis de 1919-1939 y el inicio de la Segunda Guerra Mundial*”, España, Espasa de los Libros, 2009, p.126

Capítulo III. Conflictos diplomáticos. Japón y Etiopía

Cuando Japón dentro de su estrategia de expansión y dominación del pacífico invadió las provincias chinas de Manchuria, los británicos se vieron atónitos al darse cuenta de su debilidad a ofrecer una respuesta solida frente a los nipones. La *Royal Navy* por primera vez en la historia del siglo XX se vio aturdida y ante la posibilidad de tener que elegir entre prioridades a defender, algo que se mostrará a través de la total inacción frente a los ataques japoneses y frente al embargo sobre colonias como Hong Kong en donde los colonos se vieron sometidos a una presión férrea ofrecida por el ejército nipón a través de sus bombarderos.

Respecto a China, las fuerzas japonesas golpearon de nuevo en Shangai en enero de 1932. Esta ciudad contenía mucha población británica ya que suponía el principal punto de negocio en esa área. La lucha entre fuerzas chinas y japonesas en las inmediaciones de la colonia británica conllevó a que se elevase la situación en asunto británico.

Con las conquistas japonesas en China se produjo la involucración del Imperio Británico, en dos aspectos: en primer lugar, porque los chinos solicitaron ayuda a la sociedad de naciones y en segundo lugar porque se ponía en peligro el propio comercio británico en China y por ende en todo el extremo oriente. De hecho, se iniciaron los planes para enfrentarse a un posible ataque sobre otros territorios de interés estratégico en el sudeste asiático, estableciendo la dirección según la cual se tendría que dirigir la flota. Seguido a esto vino la negación por parte de los Estados Unidos de enviar ayuda militar en caso de guerra lo que frustró las relaciones entre ambos estados y generó la desconfianza entre ambos aliados, clave para entender el postrero desarrollo de las negociaciones durante la década de los treinta. Historiadores como el británico Parker muestran aquí la en este hecho el déficit presente entre la simpleza del plan y la imposibilidad de llevarlo a cabo.

Frente a las insistencias a denunciar la política agresiva de Japón, la mayoría de los diplomáticos británicos abogaron por establecer vínculos de acercamiento y a no minusvalorar a la que consideraban como Nación más potente del lejano oeste. Tales son los casos del Embajador británico en Tokio, Sir Francis Lindley o el oficial de la oficina

de Exteriores, Sir Victor Wellesley. Todo acabó en un embargo semanal a China y a Japón.

La crisis del extremo oriente supuso desde luego, una reconsideración de los planes establecidos por parte del gabinete británico en lo respectivo al pacífico. De hecho, llegó a ajustar de nuevo las balanzas de los posibles aliados, de hecho, políticos como Chamberlain llegaron a plantear que era más importante conseguir aliarse con el Japón que con Estados Unidos. Esta desconfianza hacia los norteamericanos lo demuestran también algunas afirmaciones despectivas por parte de Churchill quien se refiere a estos como “yanquis” con un aura de desconfianza.

Al final la búsqueda de un acuerdo para repartirse los recursos naturales de China y reforzar los intereses de las tres potencias en la región (G.B.-USA-Japón) no llegó a concretarse debido a la negación de retraer sus políticas por parte de Japón.

A raíz del suceso anterior, historiadores como Overy, ofrecen una opinión completamente pesimista del papel de la Sociedad de Naciones de la que a través de este suceso se vio su completa debilidad a la hora de actuar de árbitro y ofrecer soluciones a los conflictos. Además, este hecho conllevó a que Mussolini incrementase su retórica agresiva y optase por invadir Etiopía.

Respecto a lo acaecido en África, en la acción-inacción del gobierno británico respecto a la invasión italiana de Etiopía en 1935, algunos han querido ver una actitud por parte del gobierno británico dudosa al respecto de la dirección adecuada que debía emprender el gobierno. El traslado del asunto a la Sociedad de Naciones por parte del rey del territorio etíope supuso una pérdida de legitimación completa y definitiva, por decir de iure de esta organización a la par que otorgaba alas a las pretensiones territoriales de las potencias revisionistas. La tibia respuesta diplomática del gobierno británico, brindó la oportunidad -como se demostrará después- a Hitler, para que incrementase su actitud beligerante respecto al este, siguiendo la convicción de que en ningún caso los gobiernos occidentales entrarían en guerra por cuestiones del este.

En 1935, debido a la situación de inestabilidad económica dentro de Italia, (elevado desempleo), Mussolini decidió invadir Etiopía.²⁴ Su ataque sobre el territorio

²⁴ Anexo 6, p.49.

africano se llevó a cabo el 3 de octubre. Los británicos decidieron no tomar ninguna acción sin el consentimiento y la acción conjunta de los franceses.

Después del ataque de Mussolini, a Etiopia, Hoare and Eden, se encontraron liderando a la Sociedad de Naciones en su respuesta a través de sanciones económicas al gobierno de Italia. El gobierno británico a pesar de no ver utilidad en las medidas impuestas recomendó el embargo en materias primas y la prohibición de exportación por parte del gobierno de Roma, sanciones que entraron en efecto el 18 de noviembre de 1935.

Tras revalidar su mayoría en la Cámara de los Comunes en las Elecciones Generales de 1935, los conservadores, y aupar a Baldwin como cabeza del gobierno de Su Majestad decidieron por llevar a cabo el intento de terminar la guerra a través de una solución aceptable para Mussolini.

Después de haber alcanzado un acuerdo contrario a sus propuestas preelectorales, hubo una fuerte reacción tanto desde la opinión pública como por parte de la oposición que exigió la dimisión del secretario de asuntos exteriores Hoare, como consecuencia Baldwin nombró secretario de exteriores a Anthony Eden en 1936. Este último sugirió la imposición de sanciones al petróleo y en consecuencia el gabinete acordó el proponer la prohibición de la venta de petróleo a Italia.

Tras el fracaso de la sociedad de naciones y la conquista de Etiopia por parte de la Italia fascista, tanto el primer ministro como el secretario de exteriores se dedicaron a minimizar los daños dentro de la opinión pública y dentro del gobierno.

Desde luego podemos decir que Mussolini se vio favorecido por la política pasiva del Imperio británico a la hora de llevar a cabo sus planes acerca de Etiopia. Sin embargo, hay que tener en cuenta la situación interna del gabinete británico y su situación como estado colonialista, lo que le restaba de manera tajante la legitimidad para ofrecer una protesta solvente frente al Duce. Por otro lado, la ocupación de territorios libres estaba dentro de los planes de propuestas por parte del gobierno británico para inducir a las potencias totalitarias a aplacar su presión sobre el continente europeo. Cabe destacar como no, la oferta hecha al propio Hitler mediante la que se inducía al gobierno francés a ceder parte de sus colonias al estado nazi para garantizar por así decirlo la paz entre ambos. Algo, que se notó de manera clara en los acuerdos de Múnich. Por otro lado, la conquista de territorios sirvió al dictador italiano para presentar una aparente solvencia

militar y aumentar su prestigio con la vis propagandística que le ofrecía el haber sumado un nuevo territorio a su “imperio”.

En Gran Bretaña surgieron también voces críticas que mostraron su actitud directamente contraria a las acciones emprendidas por Baldwin y su gobierno. Sin embargo, la invasión de Etiopía no produjo una crisis profunda como episodios posteriores. Es más, estadistas destacados dentro de la política británica (Churchill) abogaron por mantener una postura permisiva con los italianos para no destruir el denominado como Frente de Stresa formado por (Gran Bretaña, Francia e Italia contra Alemania) y para no obligar a Mussolini a pasarse al bando de Hitler. Historiadores como Andrew Roberts en su colosal biografía de Churchill destaca que este tipo de hacer política era dictada por una actitud que “era más la Realpolitik que la ideología, y desde luego encajaba muy mal con los principios de los derechos humanos, la democracia, la autodeterminación y las reivindicaciones de los países pequeños, cuestiones que sin embargo habría de invocar más tarde”.²⁵

²⁵ Andrew Roberts, *Churchill: la biografía*, Barcelona, Crítica, 2019, p.541.

Capítulo IV. La ocupación del Rhin

Según el Tratado de Versalles, la zona del Rhin, un espacio de tierra dentro de Alemania situado en la frontera con Francia, Bélgica y los Países Bajos, tenía que ser desmilitarizado, es decir las tropas del antiguo Imperio alemán y de la futura República de Weimar, tenían que abandonar sus posiciones en este espacio rico en materias primas. Este abandono implicaba la imposibilidad por parte del ejército alemán de crear nuevas fortificaciones o de estacionar sus tropas en esta área. El objetivo tal y como se señala por parte del gobierno británico fue el incrementar la seguridad de Francia por la vía de imposibilitar a los alemanes atacar el suelo galo tal y como lo habían hecho en la Gran Guerra. También otra cláusula del Tratado impedía a Alemania contar bajo su mando un ejército superior a los cien mil efectivos. A todo esto, el gobierno germano se opuso, pero tuvo que aceptarlo bajo la amenaza de que empezarían de nuevo las acciones bélicas.

En 1920, Alemania, estuvo en igualdad de estatus con los demás países al firmar el Tratado de Locarno, aceptando cumplir las obligaciones adquiridas al menos en su frontera occidental. El miedo de Francia por proteger sus fronteras frente a Alemania fue algo constante durante las dos décadas siguientes y se fue acrecentando a raíz de la retórica agresiva de Hitler y su ascenso al poder en 1933.

Para contrarrestar el rearme alemán, los franceses iniciaron una serie de contactos para crear alianzas que les permitiesen enfrentarse al inminente peligro. Así llegó a un Tratado de apoyo con la URSS, algo en lo que Hitler se apoyó para enviar tropas en las tierras Rhin. Por su parte el gobierno británico a través del Secretario de Exteriores se reunió con el embajador y le hizo llegar sus propuestas a las que sin embargo Hitler rechazó.

Francia por otro lado, que se encontraba ante unas elecciones generales, decidió no hacer nada que no estuviese acordado con los británicos. Sin embargo, entre la opinión pública de Londres, prevalecía la idea de que el Tratado de Versalles era muy restrictivo con Alemania por lo que el gobierno de Su Majestad decidió no tomar ninguna medida. Así, en este punto con la ocupación del Valle del Rhin nos encontramos ante el inicio de

la expansión territorial alemana que como todos conocemos tendrá como próximos escenarios Austria, los Sudetes y Checoslovaquia hasta la invasión de Polonia en septiembre de 1939.

Ante la posibilidad de reocupar la desmilitarizada zona del Rhin por parte de Hitler, los británicos se movieron en dos direcciones.

En primer lugar, abogaron por ganar tiempo para su rearme a través de un tratado que les permitiera abarcar cuestiones en cuanto al ajuste de armamento, del este continental o las colonias que le habían sido arrebatadas a Alemania tras su derrota en la primera guerra mundial. Así pues, además según Sargent and Wigram en el Departamento Central de Política Exterior, se lanzó un memorándum activo en defensa de continuar con la política llevada a cabo tras la primera guerra mundial.

El sábado 7 de marzo de 1935 los alemanes penetraron en Renania y Adolf Hitler declaró lo siguiente: “La lucha por Alemania dotada de los mismos derechos que las naciones unidas puede darse por terminada (...). No vamos a hacer ninguna reivindicación territorial en Europa”.²⁶ A través de esta declaración, historiadores como Andrew Roberts ven un intento por engañar a la opinión pública para que no hubiese una respuesta militar por parte de ambos países.

Para historiadores como Parker dos hechos marcaron el devenir de los acontecimientos, en primer lugar, la decisión de los franceses de tomar contracciones solamente a través de la colaboración con los británicos y la segunda, la previsible decisión de los británicos de no hacer nada que produjese daño en las relaciones entre Alemania y estos para no entorpecer y poner en riesgo el proceso de dialogo.

Los políticos británicos veían en esta situación una continua disputa entre alemanes y franceses. Los primeros por un lado rompían tratado tras tratado no siendo consecuentes con sus compromisos y los segundos rehuían cualquier intento de llegar a personajes como Hitler intentaron persuadir a los políticos franceses para que ofreciesen una respuesta contundente al quebrantamiento de las normas del Tratado.

Tras un intento de reconstruir el orden europeo con belgas y franceses, se vieron en una difícil situación al ver que los franceses no estaban en posición de ofrecer una respuesta clara. “Aunque Baldwin y Eden se hubieran mostrado dispuestos a correr el

²⁶ ABC, 12-III-36.

riesgo de iniciar una guerra-cosa que no era así, según le aseguraron a Flandin-, la cuestión es que no podían hacer nada sin el consentimiento de los franceses”.²⁷

Por su parte, hubo también acciones individuales como las de Churchill quien en una reunión del Comité de Asuntos Exteriores de los Comunes intentó convencer a los participantes de la necesidad de ofrecer desde Naciones Unidas un plan coordinando de actuación tras convencer a Francia de que entre en Guerra. Sin embargo, la idea se abortó por motivos de falta de preparación militar.

Después siguió una acción común al periodo del apaciguamiento, es decir un intento por parte del gobierno británico de persuadir a Hitler para que ofrezca un gesto simbólico que de espacio al gobierno británico para calmar la situación entre ambas potencias. Ante la petición de Eden de cambiar su idiosincrasia a la hora de actuar, los alemanes respondieron con el enigma de que no enviarían más tropas.

Cuando las discusiones entre las Potencias de Locarno y los aliados llegaron a Londres, los británicos decidieron, proponer una serie de concesiones por parte de Francia con el fin de aplacar los ánimos. Sin embargo, ante la negativa férrea del gobierno francés, se decidió proponer también una medida que garantizara la estabilidad en la zona. Chamberlain, a raíz de la idea anterior, propuso establecer una fuerza internacional, entre los ejércitos alemán y británico en el Valle del Rin. Por su parte, Pierre-Étienne Flandin, primer ministro francés, sugirió la prohibición de elevar fortificaciones por parte de Alemania en la zona reocupada y añadió la posibilidad de alguna concesión por parte de Gran Bretaña.

Tras fracasar las propuestas británicas, los franceses buscaron asegurarse el apoyo y la asistencia de las potencias vecinas en caso de tener que tomar medidas directas contra Alemania.

Al final se dejó atrás el tratado de Lucano a cambio de conseguir la Paz tal y como profesó Eden en su discurso apoteósico en la Cámara de Los Comunes, coincidente con la opinión general en el que se señalaba también la posibilidad de ayuda a su aliado Francia en caso de necesitarla.

Por parte de la historiografía, algunos autores señalan 1936 como el momento en el que Hitler pudo verse parado por las demás potencias ya que en esos momentos Francia

²⁷ Andrew Roberts, *Churchill: la biografía*, Barcelona, Crítica, 2019, pp.547.

poseía más armas que Alemania, Italia se encontraba de manera icónica en el bando antialemán y la Marina británica seguía siendo la Marina más importante de Europa. Sin embargo, no se tomaron en estos momentos medidas de rearme serias ya que se confió en que el canciller nazi estuviese diciendo la verdad.

Por otro lado, cabe destacar que en ese preciso momento no estaba en mente de nadie (excepto Churchill) de manera nítida la necesidad de parar a Hitler ni siquiera en quienes poco después tomarían una postura clara de la necesidad de intervenir. A todo esto, se sumó la victoria electoral del Frente Popular en Francia algo que causó el desánimo y la sospecha entre el gobierno británico pues las expectativas de que el aliado más potente estuviese gobernado por fuerzas izquierdistas suponían un golpe a la credibilidad y a la sinceridad de las intenciones del país galo, así como una animadversión entre la clase dirigente burguesa de Londres.

Lo anterior se reflejó de manera clara en el gabinete celebrado en julio de 1936 en el que se trasladó entre los miembros de las secretarías estatales la certeza de que el Imperio no estaba en condiciones de garantizar mediante una protección militar la libertad de los países de Europa del Este. Asimismo, se trazó como línea de defensa a los territorios de Flandes, así como a las colonias imperiales como algo vital para el propio país.

Tal y como señalan historiadores como el Parker, este fue el momento en el que Gran Bretaña estuvo más cerca de otorgarle a Alemania la libertad de acción en Europa del Este, pero lo que retuvo al gabinete a tomar esta decisión fue la negativa a anunciar públicamente que no se encontraban en la situación de defender sus intereses en Europa Oriental.²⁸

Como modo de atraer a Hitler a la moderación para que cambiase su postura revisionista fue el intento de otorgarle concesiones en temas como la devolución de las colonias algo que se hizo misión imposible tanto por la oposición pública británica como por la contrariedad de los nativos indígenas a pasar a manos de los alemanes.

También a la par se seguían intentando poner medios para que Hitler dejase a un lado o disminuyese su producción armamentística algo que se hizo patente a través del

²⁸ Robert Alexander Parker, *Chamberlain and appeasement*, Londres, Red Globe press, 1993.

concepto del “apaciguamiento económico”, algo que historiadores como Parker definen de la siguiente manera:

Economic appeasement”, the idea of improving Germany’s economic situation, in order to persuade Hitler to take up peaceful policies and limit armaments, involved the problem that peaceful policies and the limitation of armaments were precisely what was needed to improve Germany’s economic situation. “Economic appeasement” therefore, in practice, meant attempting to persuade Hitler, through lessons in Elementary economics, that peaceful policies were best.²⁹

Tras el intento fallido de persuadir al gobierno francés para que ceda sus colonias en el centro africano, muchos altos cargos del gobierno británico seguían creyendo en la posibilidad de romper el Tratado de Versalles de manera pacífica. Esto se refleja por la creencia de algunos estadistas ingleses- entre ellos Chamberlain- de que la posible revisión-moderación del Tratado firmado en el 1919 podría satisfacer las ansias de Hitler, algo que iba acompañado con la percepción de Hitler como alguien moderado entre los nazis. Algunos historiadores señalan que esta idea es algo constante dentro de su tiempo como primer ministro y que le llevará mucho tiempo el entender las verdaderas intenciones del canciller alemán (hasta septiembre del 1939).

Por otro lado, en cuanto a su eterno adversario político, es en este momento con lo sucedido en el Valle del Rin, es en donde quienes ven un cambio de Churchill hacia una posición más favorable a la URSS como socio preferente. Además, historiadores como John Charmley consideran que los mandatarios soviéticos se veían más cercanos a entenderse con Churchill siempre y cuando fuese favorable a una política pragmática.³⁰

En un pasaje de su discurso en la Cámara de los Comunes de 1936, dice que existía “Otra Rusia, una Rusia que solo desea que la dejen vivir en paz”.³¹ Para historiadores como el británico Roberts, “Churchill abrigaba la esperanza de que la organización de la seguridad colectiva permitiera a la Unión Soviética desempeñar un papel en la preservación de la paz”.³²

Tal y como conocemos por lo que le comunicó Flandin a Churchill, Baldwin no quería convocar si quiera el Consejo de Seguridad de Naciones para estudiar sanciones a

²⁹ Robert Alexander Parker, *Chamberlain and appeasement*, Londres, Red Globe press, 1993, pp.71.

³⁰ John Charmley, *Chamberlain and the lost peace*, Londres, Ivan R Dee, 1999.

³¹ Andrew Roberts, *Churchill: la biografía*, Barcelona, Crítica, 2019, p. 559.

³² *Íbidem*....

Alemania. Además, todos los sectores que pudiesen servir como elemento de presión optaron porque no querían tomar acciones contra los Nazis por lo que los elementos aislados favorables a una intervención militar quedaron aislados.

Capítulo V. La Guerra Civil española y la postura del gobierno británico

El 18 de julio de 1936 un grupo de militares de tendencia conservadora y nacionalista dio un golpe de Estado contra el gobierno legítimo de la II República española compuesto por los diferentes partidos de izquierda que formaban el Frente Popular, coalición que se había alzado con la victoria en las elecciones generales de febrero del mismo año. El fracaso del golpe de Estado desembocó en una cruenta guerra civil en el que se enfrentaron el bando formado por los partidarios de la República, compuesto por partidos republicanos y del amplio espectro de la izquierda y el bando conservador en el que se aunaban las fuerzas católico-burguesas y que defendían el tríptico de religión, orden, propiedad en el que se encontraba el partido fascista, Falange Española.

La respuesta internacional al conflicto se ha de entender dentro de los difíciles años treinta como he mencionado en capítulos anteriores en el que la principal finalidad fue la de perseguir la neutralización del peligro que cernía sobre el horizonte, es decir, el de volver a una nueva conflagración mundial.

Diversos historiadores han estudiado la implicación en la cuestión española por parte de las diferentes potencias que dominaban el panorama internacional en los años treinta, llegando a una conclusión ineludible debido a la clarividencia de los hechos y es que hubo una desigual implicación entre quienes las potencias democráticas y los estados dictatoriales. Desigual implicación que se ha de entender por un lado desde la distinta concepción que se tuvo del conflicto a ambos lados de los sistemas políticos ya que podemos decir que para las cúpulas de los estados democráticos supuso un enfrentamiento interno entre españoles mientras que para las potencias dictatoriales la lucha fratricida en España significó un campo de propicio para ensayar los nuevos avances en materia armamentística. Por otro lado, un tercer sector movido por la eterna lucha ideológica vio

en este conflicto una oportunidad para hacer frente a lo que ya se percibía como un claro peligro para la perennidad de las libertades, el fascismo. Así es como se formaron las brigadas internacionales que le otorgaron al conflicto una dimensión internacional sin precedentes. Todo esto se resume muy bien en el siguiente párrafo:

La guerra civil española enfrentó a la derecha contra la izquierda y se prolongó en los años de gestación de la segunda guerra mundial; los políticos de las capitales europeas temían que el conflicto pudiera extenderse y escapar a su control. La victoria final de Franco, con la ayuda de Alemania e Italia envalentonó a las potencias fascistas y a sus partidarios en todas partes.³³

Ahora bien, en cuanto al estallido del conflicto y a la propia evolución de la contienda bélica podemos decir que hubo dos posiciones claras de abordar el asunto por parte de las dos potencias enemigas. Por un lado, los países fascistas con Hitler y Mussolini quienes decidieron enviar desde el primer momento a los pocos días de estallar el conflicto refuerzos a las tropas del general Franco, clave para que las tropas nacionalistas pasaran del Estrecho de Gibraltar y mantuvieran su ímpetu en los primeros días.

Por otro lado, los británicos en los primeros momentos no tomaron ninguna acción concreta en favor de un lado u otro y se apresuraron en dar dos motivos respecto a la causa del estallido de la guerra. En primer lugar, se encontraba la versión que sostenía que el posible dictador que estaba apoyado por los ricos terratenientes y el brazo reaccionario de la Iglesia Católica hacía la guerra a un gobierno progresista, democrático y reformista sostenido por los trabajadores y por los intelectuales de las clases medias. Por otro lado, se encontraba una segunda versión que a la postre servirá para crear una mala imagen del gobierno republicano que defendía que se trataba de un aglomerado radical en el que prevalecían los comunistas y anarquistas que atacaron la propiedad y quemaron iglesias y de los que España estaba siendo rescatada por las fuerzas de orden y la decencia.

Tal y como señalan historiadores como Parker, tanto Francia como el Imperio Británico decidieron no arriesgarse a entrar en guerra con las potencias fascistas pese a la

³³ Chris Bambery, *Historia Marxista de la Segunda Guerra Mundial*, España, Pasado y Presente, 2015, pp. 23.

clara intervención en favor del general Franco por parte de Alemania e Italia. Es decir, vieron como un mal menor la victoria de Franco ante la posibilidad de intervenir y que la guerra en España se convirtiese en un conflicto continental.

Respecto a Francia, en sí, a primera vista país con gobierno de izquierda con posibilidades de implicarse en favor de los republicanos al otro lado de la frontera, encontramos el temor dentro de las altas instancias del estado, concretamente dentro del presidente Blum a un posible golpe militar lo que llevó a neutralizar cualquier pensamiento de intervención algo que fue acogido con gran regocijo por parte del gabinete británico. Por otro lado, se temía también que una intervención francesa en favor de los republicanos pudiese llevar una guerra ideológica a escala europea o al debilitamiento de la propia mayoría parlamentaria del gobierno francés lo que se traduciría a un debilitamiento del estado en horas cruciales frente a la política expansionista de Hitler.

Blum para disminuir las presiones internas de los que abogaban por intervenir militarmente en socorro de la Republica española por afinidad ideológica, decidió proponer un acuerdo general para que ninguno de los grandes poderes interviniera. Esta propuesta fue recibida de manera entusiasta tanto por Eden como por el resto del gabinete británico.

Me gustaría en este punto hacer un inciso y señalar la difícil situación interna a la que se enfrentaba el gobierno francés ya que, tal y como señala el historiador británico Bomberry, el temor ante la posibilidad de una inminente ocupación comunista del gobierno llevó a que los sectores burgueses no viesen con mal ojo una ocupación del territorio galo por parte de Hitler.³⁴

Ante el miedo de que lugares estratégicos en el Mediterráneo (Islas Baleares) y en el Atlántico (Islas Canarias) pudiesen quedar bajo control alemán, los británicos estaban descolocados. La defensa de su posición neutral se vio acrecentada por el soporte de la Unión Soviética a los comunistas a los que no querían ayudar de ninguna manera.

En cuanto a las diferentes posiciones dentro de la política británica, en las cúpulas de los partidos prevaleció el interés nacional al ideológico a la hora de apoyar o no la

³⁴ Chris Bamberry, *Historia Marxista de la Segunda Guerra Mundial*, España, Pasado y Presente, 2015, pp.22.

intervención y desde todos los espectros ideológicos hubo un amplio apoyo a la no intervención oficial. Sin embargo, tampoco hay que obviar a aquellos que si percibieron el conflicto como una lucha a vida o muerte entre democracia y fascismo y que se alistaron de manera feroz a las Brigadas internacionales haciendo la guerra de forma privada en apoyo de los intereses republicanos. Asimismo, ante la pregunta de que hasta qué punto la victoria de Franco perjudicaría los intereses británicos en la zona, la respuesta fue que no se verían lo suficientemente penalizados como para abandonar la política de no intervención y entrar de manera directa en el conflicto.

El 9 de septiembre se firmó el pacto de prohibición de exportación de armamentos al territorio español, asimismo se abogaba por la no participación en el conflicto quedando “neutrales”. Pese a ello, Italia y Alemania siguieron su apoyo activo a Franco a través de la exportación de armamento, así como de regimientos mal llamados “voluntarios”.

Eden trató de persuadir a los gobiernos de las potencias del eje de dejar de mandar “voluntarios”. Dentro del gobierno británico empezaron a ver que la victoria de Franco dejaría sin opciones a los sectores “moderados” dentro de esos países e incrementaría de manera irreversible la tensión.

Cualquier atisbo de decidir una intervención se quedó frenado por la contraposición de los sectores dentro del gabinete, que se negaban de manera tajante a ayudar a un sector en el que se encontraban los comunistas. No cabe obviar a historiadores como Hobsbawm que expresan que el gobierno británico era contrario de manera tajante a lo que podía significar un avance de la revolución social en la península ibérica.³⁵

Otros políticos, como Churchill, quien simpatizó en primer lugar con el bando sublevado por sus convicciones monárquicas, se alejaron cuando entendieron que se trataba de un movimiento fascista y falangista ayudado por Mussolini y Hitler. Sin embargo, respaldó la política de no intervención británica para que no se viese mermada la posición estratégica de Gibraltar desde la que la Marina Real Británica mantenía un amplio control de la cuenca Mediterránea. Poco después el estadista británico declarará que en un discurso ante la Cámara de los Comunes que “me niego a tomar partido por

³⁵Erich Hobsbawm, “La caída del Liberalismo”, en Michael Joseph Ltd (eds.), *Historia del Siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1994, p. 164.

ninguno de los dos bandos. No voy a fingir que, si me viera en la tesitura de tener que elegir entre el comunismo y el nazismo, fuese a optar por lo segundo”.³⁶

Así podemos decir que la política británica respecto a España fue la de seguir las líneas del apaciguamiento y el anticomunismo. Harold Nickolson, un miembro del parlamento en la coalición dominada por los conservadores se opuso a la pacificación y llegó a comprender bastante mejor a la Realpolitik cuando llegó a afirmar que “la segunda guerra alemana comenzó en julio de 1936, cuando a intervenir en España... Las clases adineradas en este país, con su descabellada actitud profranquista, nos han colocado en una actitud muy peligrosa”³⁷

Respecto a la opinión pública acerca de la guerra como he mencionado anteriormente, el conflicto civil en España fue uno de los episodios de entreguerras que más emoción suscitó entre la población británica. Asimismo, el apoyo de Franco fue muy minoritario y se vio reducido a grupos de extrema derecha y a círculos conservadores muy favorables al orden y a cercanos al catolicismo. Dentro del partido conservador, la inclinación por la no intervención fue mayoritaria de forma abrumadora, tal y como se plasmó en las Conferencias del partido *torie* de 1936 y 1937 en las que se resaltaron los beneficios de la no intervención.

Por el contrario, en el Partido Laborista el debate fue avivo y pasional, aunque la cúpula del partido optó por mantener una posición moderada.

Cabe destacar que la inacción de las dos potencias democráticas frente a la intervención clara de las dos potencias en el conflicto no hizo más que terminar por hundir la ya de por sí empobrecida imagen que las dos potencias tenían en el exterior y en concreto entre los países considerados como aliados y entre los partidarios de las dos corrientes ideológicas antagónicas, es decir, los fascistas y los antifascistas. Por otro, lado, el episodio, le sirvió a Hitler para asentar la convicción de que Gran Bretaña en ningún caso quería disputar otra guerra y le brindó la oportunidad para tomar una postura más exigente en cuanto a sus exigencias en las negociaciones entre ambos gabinetes.

³⁶ Andrew Roberts, *Churchill: la biografía*, Barcelona, Crítica, 2019, p.570.

³⁷ Andrew Roberts, *Churchill: la biografía*, Barcelona, Crítica, 2019, pp.570.

También, se puede decir que este episodio sirvió para que Stalin mirase aún más con sospecha a las dos potencias democráticas y quizá esta desconfianza fuese clave en la firma del Pacto Ribbentrop-Molotov.

Capítulo VI. Últimas acciones antes del estallido de la guerra

Tal y como señalan algunos historiadores, el éxito de Hitler en el periodo del apaciguamiento se basó en la perfecta combinación del perfecto oportunismo en sus métodos con la eficiente utilización del factor tiempo.

El deseo de Hitler de unir en una Gran Alemania ambos estados se vio acrecentado desde mi punto de vista por el hecho de que el propio dictador alemán hubiese nacido en territorio austriaco. De hecho, ya en el segundo párrafo de su obra *Mein Kampf*, nos expone de manera clara su aspiración de unificación territorial de ambos territorios. “*German Austria must be restored to the Great Motherland*”.

La afirmación presente fue escrita en el año 1924 y en el periodo siguiente Hitler no alteró su opinión. Catorce años después sus deseos se vieron cumplidos. Gehl señala que la decisión de enviar tropas y anexionar Austria fue un acto de improvisación en el último minuto ante la difícil situación interna del gobierno austriaco y ante las dudas que ocasionaban las directrices de Berlín a los nazis de Schuchnigg. Como señala el historiador mencionado anteriormente, el objetivo nunca estuvo en duda, lo que si la improvisación de los métodos.

Por otro lado, podemos destacar que la idea de llevar a cabo el *Anschluss*, es decir, la unificación de Alemania con Austria fue una idea constante en el alto mando alemán, y el derrumbe del Imperio Austrohúngaro le propició la ocasión perfecta a la cúpula germana ya que quitaba del medio el principal problema que era diversidad de naciones que formaban parte del Imperio. Ya desde 1914 había planes de la unión de los pueblos germánicos en un solo país.

Sin embargo, la derrota infringida en la primera guerra mundial supuso un jarro de agua fría que frenó en seco las aspiraciones de unificación entre ambos estados ya que

el temor representado entre otros por el Secretario de Estado Wolf de que una petición de unificación de los austriacos con Alemania engrandecería la posibilidad de peticiones territoriales a nivel europeo pudiendo perjudicarse al propio estado germano, frenó en seco cualquier inicio de discusión en la conferencia de paz de París.

El gobierno francés, en su intento de velar por su seguridad a través de Clemenceau, tratará de garantizar la imposibilidad de que la unificación se lleve a cabo como también cualquier intento de fortalecimiento alemán. Al final se dejó una vía abierta a través del consentimiento de la Sociedad de Naciones. Sin embargo, la situación económica de Austria sumergida en la bancarrota hizo que el gobierno alemán dirigiese su mirada en otros asuntos como las reparaciones de guerra o el de poder llevar a Alemania a un estatus de igual dentro de la sociedad de naciones. Para llevar estos objetivos a cabo el gobierno de Berlín necesitaba tener buenas relaciones con Francia y a lo único a lo que podía llevar a cabo el gobierno alemán con intentar la unificación era a la suspicacia con los galos, algo que no se quería de ninguna manera.

Entretanto las crisis gubernamentales dentro de la propia Austria como los tratados firmados por los gobiernos alemanes a nivel internacional (Tratado de Locarno), llevaron a un enfriamiento entre las relaciones entre ambas cancillerías.

Respecto a la postura mantenida por el gobierno británico en el tema de las pretensiones de anexión manifestadas por Hitler, lo que más buscaron, tanto Chamberlain como Halifax, fue lograr un acuerdo general con Hitler, intentando persuadirle de que fuese un “buen europeo” en devolución de un acuerdo colonial. En virtud de mejorar las relaciones con Hitler, Halifax, intento influir sobre la prensa a instancias de Goebbels para que cesaran los ataques personales sobre el dictador.

El doce de marzo de 1938, el ejército alemán cruzaba la frontera entre ambos países, y al día siguiente Hitler anunciaba la unificación de ambos territorios. Frente a estos graves acontecimientos, Churchill pronunció dos días después en la Cámara de los Comunes lo siguiente:

Europa se enfrenta a un proyecto de agresión, bien calculado, puesto en marcha en el momento más oportuno, y desplegado paso a paso. Ese programa nos deja únicamente una salida, y no solo a nosotros, sino también a otros países que, por desgracia, se han visto igualmente implicados, y que ahora tienen que optar, bien por someterse, como Austria, bien

por tomar medidas efectivas para alejarse del peligro mientras todavía quede tiempo por hacerlo, bien por plantar cara a la amenaza, en caso de que no exista forma de amenaza.³⁸

En cuanto a las instancias oficiales, la invasión-anexión de Austria conllevó a que el gobierno británico se quedase aturdido, pero aun así se siguió intentando el acuerdo con Hitler, pues tal y como confesó Chamberlain la política emprendida era la correcta y había que seguir con ella. Así pues, según historiadores como Overy, hasta marzo de 1938 con el Anschluss, todos los movimientos expansionistas de Hitler parecían razonables dados los términos del Tratado de Versalles.³⁹ Sin embargo, lo que significó un cambio de percepción en los movimientos llevados a cabo por Berlín fue que se empezase a poner en cuestión la soberanía de estados no alemanes, como el caso de Checoslovaquia. Tanto Francia como Gran Bretaña presionaron al gobierno de Praga para que hiciera concesiones y así evitar la guerra, y se creyó que el problema y las miras expansionistas de Hitler habían terminado con el Tratado de Munich que otorgaba la región fronteriza de los Sudetes al Estado Nazi.

Después de llevarse a cabo la entrada triunfal de Hitler en Viena, Churchill advirtió a los trabajadores sobre la nación que sería el próximo objetivo de los nazis, Checoslovaquia. Además, aconsejó a los legisladores británicos de llevar a cabo una Gran Alianza formada por Gran Bretaña, Francia, La Unión Soviética, y los países de la Pequeña Entente para “detener la guerra que se cierne sobre nosotros”.

Por otro lado, respecto a las presiones de los alemanes sobre Checoslovaquia lo que decidió el gobierno fue presionar al gobierno checo para que aceptara y sucumbiera ante las demandas de los alemanes pues les dejaron claro que ninguna potencia tanto Francia y Gran Bretaña le ayudarían en caso de ataque alemán. Para algunos historiadores como el británico Roberts, fue tal la apatía del primer ministro británico con lo que estaba sucediendo en la Europa del Este que llegó a decir en su discurso radiofónico pronunciado a la nación: “Qué horrible, extraño e increíble resulta que nos veamos obligados a cavar trincheras y a probarnos máscaras de gas por una disputa surgida en un país lejano en el que se enfrentan gentes que nos son totalmente desconocidas”.⁴⁰

³⁸ Andrew Roberts, *Churchill: la biografía*, Barcelona, Crítica, 2019, pp.581.

³⁹ Richard Overy, *“El camino hacia la guerra: La crisis de 1919-1939 y el inicio de la Segunda Guerra Mundial*, España, Espasa de los Libros, 2009, pp.134.

⁴⁰ Ibidem..., pp.590.

Después del ataque a Checoslovaquia, la opinión de estadistas giró hacia el intento de rearmarse para detener a Hitler.

Una vez en Múnich, el primer ministro, cuyo viaje se vio como una humillación y como un éxito del *Fuhrer* y de Alemania, Hitler frente a lo que esperaba Chamberlain, abordó una solución al problema de los alemanes en los Sudetes. Chamberlain se había ido con la esperanza de abordar el tema de mejora de las relaciones entre ambos países.

41

Los ministros británicos y franceses presentaron de manera formal el plan de actuación acordado entre ambas potencias a Benes en Praga el diecinueve de septiembre. Previamente Westminster se comunicó con la cancillería para señalar que Chamberlain esperaba contar con la respuesta Checoslovaca ese mismo día y así poder volver de nuevo el día 21 de septiembre para abordar con Hitler, cuya paciencia no le permitiría actuar tan pronto. Chamberlain no cumplió con los plazos establecidos pues le costó dos días forzar a Checoslovaquia para que aceptase el plan. Además, los franceses comunicaron a los checos de que no cumplirían con su promesa de prestar ayuda a su país si los alemanes atacasen al no aceptar estas las condiciones presentadas. Su excusa fue la de que su apoyo sería inútil sin la ayuda británica.

Los ministros británicos y franceses en Praga hicieron claro de manera conjunta que Gran Bretaña no apoyaría a Francia si esta ayudase a Checoslovaquia. Sin embargo, el gobierno Checoslovaco deshecho las presiones para ceder sus regiones fronterizas.

Al final, el primer ministro y Hitler llegaron a un acuerdo al que Chamberlain presentó como el acuerdo para la paz. A través de él se fijaba plebiscito en los Sudetes y reducción armamentística.⁴²

Chamberlain, aunque pletórico por el acuerdo alcanzado con Hitler, decidió seguir con la operación de rearme, prosiguió con su estrategia de conseguir que los demás países se apartasen de la carrera armamentística para hacer innecesario que Gran Bretaña lo haga. Tal y como demuestra lo comunicado por Cadogan a Corbin, embajador francés en Londres, Chamberlain entre otros asuntos, esperaba, una negociación para la abolición de los bombardeos aéreos y si fuese posible, de los aviones de combate.

⁴¹ Anexos 1 , 2 y 3, p.47.

⁴² Anexo 4, p.49.

En estos momentos, Chamberlain sopesó también la oportunidad de convocar elecciones, aunque era consciente de que la política seguida con Hitler y con Stalin era menos popular que en años anteriores. Por lo tanto, la oportunidad no llegó. Conocía, además, que muchos de los que aplaudieron Múnich, lo hicieron porque creían que así podrían ganar tiempo para fortalecer militarmente al Reino Unido y para prepararse para resistir los peligros de violencia.

Sin embargo, los meses posteriores a Múnich, Chamberlain no consiguió recibir alguna concesión de Hitler para presentarla como una ganancia frente a la opinión pública británica. Sin embargo, su fortaleza residía en la amplia mayoría parlamentaria de los conservadores en la Cámara de los Comunes. Por otro lado, la actitud de Hitler no favorecía una respuesta adecuada que pudiera presentarse ante el resto de la comunidad. El mandatario alemán se dedicó de manera reiterada a repetir ante los emisarios británicos que no procedería al deseado desarme.

La posibilidad de la llegada al Gabinete de los elementos contrarios a la política de Chamberlain llevó a Hitler a justificar su intención de mantener su política para tener a Alemania preparada.

Dentro de esta coyuntura se produjeron los hechos persecutorios contra los judíos en noviembre de ese mismo año por toda Alemania. Ya desde la embajada británica se alertó al gobierno de “los mandatarios alemanes no se podían estimar como compañeros en la tarea de buscar la paz”.⁴³

Por otro lado, ante la actitud de Hitler, se sopesaron distintas alternativas entre las que encontramos las siguientes:

En primer lugar, si Hitler atacase los Países Bajos, hubo unanimidad entre el gobierno británico de que deberían de ir a la guerra ya que se trataba de un territorio fronterizo cuya posible ocupación por la fuerza enemiga podría obstaculizar la seguridad del territorio británico y la labor de la propia armada real británica, poniendo en grave riesgo tanto la economía como el sistema de abastecimiento de materias primas además de que supondría un golpe horrible a la moral de la nación y a la mentalidad con la que tendría que verse envuelta en un nuevo conflicto armado. Algo además que podría repercutir en la posición internacional del Imperio y al dominio en las propias colonias.

⁴³ Robert Alexander Parker, *Chamberlain and appeasement*, Londres, Red Globe press, 1993, pp.189.

Debido a esto, los altos mandos del ejército aceptaron la posibilidad de un conflicto armado entre Alemania y el Imperio en caso de un ataque nazi sobre los Países Bajos, algo que secundó de forma abrumadora el gabinete también. Esta entrada en el conflicto se produciría incluso, si Italia y Japón secundasen de manera activa a la Alemania Nazi. También, por último, se entendió que la balanza en favor de unos o de otros la inclinaría la posición de los Estados Unidos.

Por lo tanto, nos encontramos también ante un asunto de mantener a toda costa el estatus y la confianza en el poderío de la potencia británica ya que podría producir un cuestionamiento de la propia presencia del poder británico en los dominios del Imperio algo que para los estadistas de Londres podría conllevar a la pérdida de territorios o a la proclama de mayor autonomía en un momento en el que la metrópoli se veía acosada de manera frontal por el órdago expansionista de Hitler.

Pese a la sospecha hacia los políticos estadounidenses en el documento anterior vemos un cambio de balanza hacia el intento de buscar apoyo en el país transoceánico, hecho que llevará a la búsqueda de entablar relaciones con los estadounidenses a quienes consideraban un actor decisivo del conflicto que a estas alturas se veía próximo. Por otro lado, se empezaron a concretar también medidas militares con el gobierno francés que estaba expectante de los movimientos de Hitler en Europa del Este, frente que tradicionalmente estaba bajo su área de influencia. De este modo, se prometió al gobierno francés que, ante un posible requerimiento por parte de París, Gran Bretaña también se sumaría al conflicto en su apoyo. Además, tal fue la alarma dentro del ejército británico que, a principios de enero, se decidió la construcción de dos fuerzas expedicionarias. También se tenía la conciencia de que el principal campo de operaciones para el ejército británico se concentraría en el mar y en el aire.

Pese al requerimiento de más ayuda por parte de los franceses, los británicos viraron de nuevo para Mussolini intentando llegar a un acuerdo que le llevara a convencer a Hitler. Por eso a partir del 16 de noviembre pusieron en efecto el acuerdo anglo italiano a partir del cual, se estimaba que el conflicto español dejaba de ser una amenaza para la paz y estabilidad de Europa.

Por otro lado, el rápido refuerzo de la fuerza aérea británica conllevó a que el gobierno británico creyese que Hitler no se arriesgaría a entrar de nuevo a una gran guerra frente a los que pensaban que el debilitamiento de la economía alemana conllevaría

necesariamente a una explosión violenta del país germano. Como hemos visto anteriormente frente a esta opción, Chamberlain, creía que este hecho traería paz. Tras la invasión de Praga, se empezaron a establecer relaciones con Polonia.

Con la conquista de Checoslovaquia las incertidumbres en los estratos más altos del gabinete fueron desapareciendo ya que se empezó a ver de manera clara que el gobierno alemán en palabras de Leslie Hore-Belisha, secretario de estado para la guerra, “el movimiento alemán era el inicio de un proceso de expansión y colonización oriental”.

La invasión de Praga por parte de las tropas alemanas supuso un aceleramiento en los contactos diplomáticos entre el Imperio Británico y el país polaco.⁴⁴ Como hemos señalado anteriormente ya en un primer plan de actuación por parte del gabinete de su majestad, se encontraba la posibilidad de acercar posiciones para un frente de actuación común entre el estado húngaro y Varsovia algo que no se llevó a cabo debido a las reticencias presentadas por el gobierno de Polonia, basadas en preceptos emanados por la desconfianza y por la disputa de territorios fronterizos.

En la primavera y verano de mil novecientos treinta y nueve, la postura de Hitler, y la imposibilidad del gobierno británico a conceder más concesiones, llevaron tal y como afirma el historiador inglés Parker a una mayor postura de belicosidad por parte del premier británico. Una postura por otro lado, que fue por la que menos abogó. PP202 Asimismo la ocupación alemana de Praga, no cambió la política que intentaba llevar a cabo Chamberlain, sino que la dificultó aún más teniendo en cuenta la creciente oposición interna dentro de su propio partido y entre destacados baluartes de su política hasta como el caso de Halifax.

La relación entre Rumania y el estado nazi quien le pedía que le concediera ventajas económicas, conllevó a que tanto Francia como el Imperio Británico aumentasen sus deseos de aumentar el estado de tranquilidad en la Europa Central. Además, tal y como consideraba el primer ministro británico este hecho podría llevar a la recuperación del espíritu de entendimiento de Múnich y a una posibilidad de establecer barreras a la incipiente política arrogante nazi. Asimismo, para marzo de 1939, todos los estadistas británicos empezaron a tener una postura de no confianza hacia los dictadores e incluso el propio Chamberlain se hizo más reticente a creer en lo que le aseguraban desde Berlín.

⁴⁴ Anexo 8, p.50.

Aun así, permaneció esperanzado en poder llegar a un acuerdo de última hora sobre la base de que prefería siempre el retroceder a un estallido bélico.

Por otro lado, sus acciones se movieron a dos lados, en primer lugar, en intentar convencer a Mussolini de que aplacase la retórica de los alemanes y en intentar acercar a Polonia y a la Unión Soviética en un frente común antialemán. Sin embargo, la negativa de Varsovia lastró todo el eje de la política exterior británica hasta agosto de 1939. En cuanto al Duce, dejó claro que no haría nada hasta que Francia empezase a hacer concesiones a Italia. Asimismo, se empezaron a mejorar la posición armamentística de la RAF y se garantizó a Polonia el apoyo en caso de sufrir ataque por parte de Berlín.

En abril, como sustenta el historiador Parker, Chamberlain, seguía estando en descoordinación con buena parte de su partido ya que algunos estaban a favor de seguir manteniendo la línea presentada por el durante estos últimos años mediante un último intento de reiniciar conversaciones con Alemania mientras que otros, abogaban directamente por aplacar las iniciativas alemanas a través de amenazas.

El premier, tenía dentro de su esquema el deseo de forjar con otros países un frente de paz que promoviera el paso atrás. Además, dentro de su interpretación, la garantía a Polonia se basaba en elegir libremente en que aspectos se debería o no ayudar a Varsovia a resistir a los intentos alemanes. En el debate en el que se ratificó el apoyo a Polonia, ¿el tema que más interesó fue el qué haría Rusia?, y si se pudiera conseguir apoyo de ellos. Es más, Lloyd George pronunció lo siguiente: “Sin la ayuda de Rusia nos estamos encaminando hacia una tragedia”.⁴⁵ Conseguir el apoyo de la URSS fue lo principal en los cinco meses siguientes. Sin embargo, esto no se vio del todo bien por parte del gobierno polaco.

El siguiente intento del Primer ministro fue el de persuadir a Mussolini. Sin embargo, la invasión de Albania y el peligro de atacar a Grecia aumentaron las tensiones. Churchill llamó apresuradamente para pedir que se apoyasen estos estados porque si no la posición británica en los Balcanes llegaría a ser desastrosa. Churchill intentó reincorporarse al gabinete, pero Chamberlain era reticente porque creía que tanto Churchill como Eden, se aprovecharían de los errores que ha cometido.

⁴⁵ Robert Alexander Parker, *Chamberlain and appeasement*, Londres, Red Globe press, 1993, pp.219.

Sectores del parlamento (Churchill) le animaron a que llegase a un acuerdo bilateral con la URSS sin embargo el pm afirmó que no llegaría a ningún acuerdo con los soviéticos. Sin embargo, Chamberlain no confiaba en los soviéticos y alegó que ni Rumania ni Polonia lo querían.

La URSS ofreció una triple alianza, pero las negociaciones no llegaron a ningún lado. En mayo de 1939, Molotov propuso una alianza en la que se garantizaba la asistencia militar a la Unión Soviética en caso de ataque y la garantía de protección de los países fronterizos con la Confederación. Sin embargo, los británicos, se negaron frontalmente a aceptar una alianza, porque Halifax consideraba que eso llevaba a un enfrentamiento directo con Alemania. En cuanto a Francia fue la que más intentó avanzar en ese frente.

Como consecuencia, partir del 20 de mayo, los soviéticos viraron hacia la mejora de relaciones con la Alemania Nazi.

Un obstáculo serio al acuerdo fue la negativa de países como Polonia a aceptar la entrada de ejércitos soviéticos en su territorio ya que decían que si entraban no volverían a salir. En agosto Alemania y URSS empezaron a negociar un pacto de no agresión.

Con la ocupación de la Italia fascista de Albania, Chamberlain se encontró en una posición aún más compleja si cabe, ya que se vio en la tesitura de tener que ofrecer apoyo y garantías a Grecia frente al que consideraba aun como la única persona capaz de mitigar la política de Hitler, me refiero a Mussolini. Es por eso, que el premier británico cuidó mucho sus expresiones a la hora de anunciar el apoyo del Imperio Británico a Atenas en caso de intento de agresión de los transalpinos. Para acercarse al Duce, además desde Downing Street, intentaron persuadir al gobierno francés para que hiciese concesiones, sin embargo, las elites francesas, se negaron de forma tajante a ceder Tunicia que para ellos constituía un enclave geoestratégico de primer orden.

A este intento por parte del gobierno británico, siguió la firma del Pacto de Acero, entre los italianos y los alemanes, el veintidós de mayo, que formalizaba una alianza militar entre ambas potencias y que, por otro lado, ponía punto final a los intentos por parte del premier de acercarse a Roma, para obtener una postura diferente de Berlín. Chamberlain pidió personalmente del Duce, que intentase mediar para que Hitler detuviese un inminente golpe de estado en Danzig a lo que el mandatario italiano se escudó en la firma del pacto anteriormente mencionado y puso la totalidad de la culpa en Polonia en el caso de que se llevase adelante dicha acción.

Otro problema, que ocupó la atención de la secretaria de exteriores británica, y del gabinete, fue la situación del pacífico con el progresivo expansionismo japonés que tenía sus raíces en los años anteriores pero que empezaba a cobrar nuevas dimensiones en ese mismo año, favorecido por el acercamiento de los nipones a Berlín. La crisis territorial entre China y los Tokio, así como el bloqueo de suministros de las colonias británicas en el extremo oriente, proporcionaron un auténtico quebradero de cabeza en las altas instancias del ejecutivo en Londres.

Fruto de esa intensa preocupación por los movimientos japoneses en la zona fue el acuerdo entre el imperio nipón y los británicos, conocido como tratado de Craigie-Arita en el que estos últimos, se comprometían a no interferir en las zonas ocupadas en China. Poco después, los británicos renunciaron de manera tajante aceptar más concesiones y de sucumbir a las presiones de Tokio en busca de más beneficios, hecho al que algunos historiadores achacan a la visión imperialista y a la concepción de la política exterior en el lejano oriente bajo una óptica de orgullo y reminiscencia de un pasado glorioso cuya desaparición se negaba a aceptar.

También, encontramos en ese retroceso en las negociaciones, un motivo más palpable en el horizonte, dentro del escenario de posibles alianzas en una eventual guerra, y es el caso de la postura de los estadounidenses que no concebían de ninguna manera una posible ayuda a los británicos si estos, a su vez, se acercasen de manera directa o indirecta a las peticiones de los japoneses, peticiones que, por otro lado, ponían en entredicho intereses vitales para el estado norteamericano. Desde Washington se dejó claro, que solamente apoyarían al Imperio Británico en el caso de que fuera capaz de defender sus intereses y los intereses de Estados Unidos en el extremo oriente.

Conclusiones

Frente a la extensa bibliografía que tenemos acerca de la Segunda Guerra Mundial, el asunto del apaciguamiento se ha visto tratado, en general, de manera superflua como un paso antes del conflicto bélico y no como la etapa en la que encontramos todos los puntos necesarios que desembocarán en el conflicto. Por otro lado, los principales trabajos que podemos encontrar acerca de la política de Chamberlain y Balfour, la hallamos principalmente dentro de la historiografía británica, algo que nos indica el escaso enfoque que se le ha otorgado por parte del ámbito académico continental.

Hay que destacar también, que la imagen que nos ha llegado de la época del apaciguamiento es una imagen meramente negativa en la que prima la visión desarrollada en posguerra en la que se destaca una imagen servil, sin embargo, como he mencionado anteriormente, nuevos estudios en las décadas siguientes han resaltado nuevos temas como es el caso de la opinión pública británica mayoritariamente contraria a llevar una política agresiva, sobre todo, por las experiencias acumuladas durante la Gran Guerra. No hay que obviar que políticos adalides del rearme y de tomar acciones ofensivas desde fechas tempranas como Churchill, hasta el estallido de la guerra, se vieron en una tesitura muy complicada para defender sus postulados, debido a la presión social y mediática, llegando a enfrentarse a la posibilidad de perder su escaño en su circunscripción. Algo que en otros trabajos de investigación nos podría llevar a hablar de la presión social a la hora de conformar políticas, algo de lo que el apaciguamiento es un claro ejemplo sin lugar a duda.

La historia de la década de los años treinta es el preludio de la historia de la segunda mitad del siglo XX, y en ella encontramos las raíces de los hechos que conformaran el mundo después de la Segunda Guerra Mundial. En lo que Eric Hobsbawm definiría como el “corto siglo XX” hay unos hechos como la presión social, el desarrollo de la diplomacia y la ruptura total entre los sistemas antagónicos del capitalismo y del comunismo que ya podemos observar en esta década, en hechos como las reticencias de los parlamentarios tories a llevar a cabo una política colaborativa con la URSS, o la prefiguración de lo que posteriormente se considerará como “Bloque Occidental” a través de las alianzas intentadas llevar a cabo por el Imperio. Asimismo, los sucesos acaecidos

en el lejano Oriente con el Imperio japonés manifestaron de manera evidente que el Imperio Británico dispuesto a no renunciar a su antiguo esplendor se estaba viendo sobrepasado por la imposibilidad de mantener el dominio que le otorgo su expansión territorial. Algo que con los movimientos de descolonización posteriores acabará con la soberanía británica en esos territorios.

Bibliografía

- Bamberry Chris, *The second world war: A Marxist history*, London, Pluto Press, 2015.
- Cameron Watt Donald, *How the War Come: The Immediate Origins of the Second World War*, Londres, Pantheon, 1989.
- Churchill Winston, *La Segunda Guerra Mundial*, Madrid, La Esfera de los libros, 2009.
- Churchill Winston, *The Gathering Storm*, Londres, RosettaBooks, 2010.
- Fromm Erich, *El miedo a la libertad*, Barcelona, Paidos Iberica, 2009.
- Hobsbawm Erich, “La caída del Liberalismo”, en Michael Joseph Ltd (eds.), *Historia del Siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1994, pp. 116-147.
- Hobsbawm Erich, “Contra el enemigo común”, en Michael Josphe Ltd (eds.), *Historia del Siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1994, pp. 148-181.
- Kershaw, Ian, *To hell and back: Europe, 1914-1949*. New Delhi, India: Allen Lane, 2015.
- Moradiellos Enrique, *La perfidia de Albión: El gobierno británico y la Guerra Civil española*, Madrid, Siglo XX, 1996.
- Overy Richard & Wheatcroft Andrew, *The road to war: Revised and updated edition*, Harlow, England, Penguin Books, 1999.
- Parker R.A.C., *Chamberlain and appeasement: British policy and the coming of the second world war*, Basingstoke, Engalnd, Palgrave Macmillan, 1993.
- Roberts Andrew, *Churchil: la biografía*, Barcelona, Crítica, 2019.
- Roberts Andrew, *Churchill: Walking with Destiny*, London, Viking, 2018. Teylor A.J.P, *The Origins of the Second World War*, Londres, Simon & Schuster, 1996.

Anexos



Anexo 1. Hitler saludando a Chamberlain en la reunión de Munich de 1938. Fuente: <https://www.nytimes.com/2019/06/10/books/review/tim-bouverie-appeasement.html>



Anexo 2. Cena entre los dignatarios de ambos equipos de negociación en la Reunión de Munich de 1938. Fuente: <https://www.churchillarchiveforschools.com/themes/the-themes/key-events-and-developments-in-world-history/did-people-agree-with-churchills-stand-on-appeasement>



Anexo 3. Chamberlain anunciando ante los medios de comunicación congregados en el aeropuerto de Heston el acuerdo entre ambos estados mediante el que aseguró haber salvado a la Nación de la guerra. Fuente: <https://www.historyextra.com/period/second-world-war/did-appeasement-cause-second-world-war-policy-how-why/>



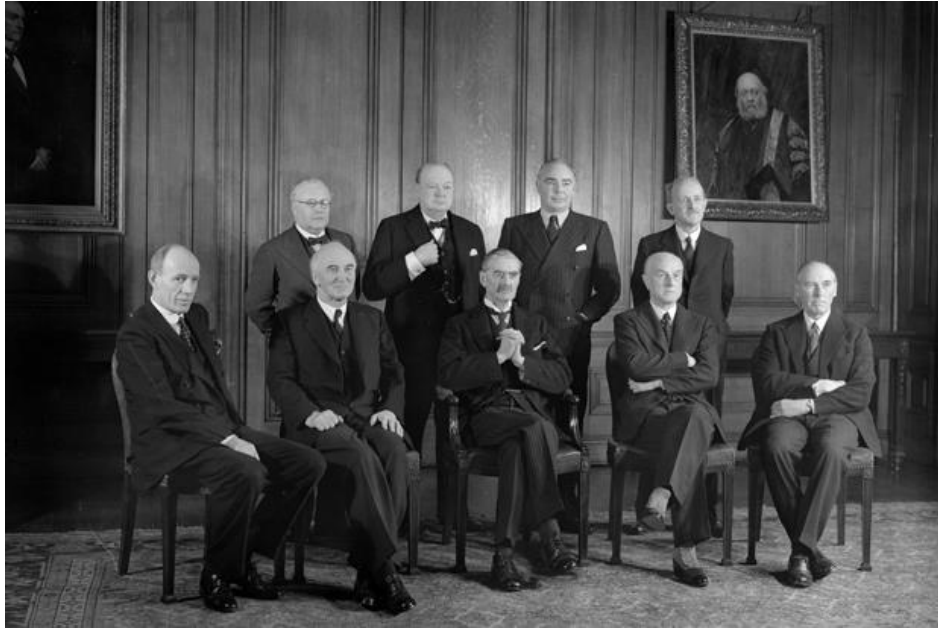
Anexo 4. Mapa de la Región de Los Sudetes reclamada por el Estado Nazi. Fuente: <https://encyclopedia.ushmm.org/content/es/map/german-annexation-of-the-sudetenland-1938>



Anexo 5. Caricatura en la que Hitler arrincona a la clase política británica. Fuente: <https://spartacus-educational.com/2WWappeasement.htm>



Anexo 6. Escuadrón de artillería italiano en la invasión a Etiopía. Fuente: <http://www.claseshistoria.com/2guerramundial/antecedentes-abisinia.html>



Anexo 7. Gabinete de Guerra de Chamberlain en el se distingue al que sería su sucesor al frente de la jefatura del Ejecutivo Winston Churchill. Fuente: https://en.wikipedia.org/wiki/Chamberlain_war_ministry



Anexo 8. Hitler pasando revista a sus tropas en Praga tras la invasión y ocupación de Checoslovaquia en 1939. Fuente: https://en.wikipedia.org/wiki/German_occupation_of_Czechoslovakia